

## ¡PACO!

¡Descansa ya!... Descanso merecido  
Del que luchó sin punto de sosiego,  
Con corazón ardiendo en sacro fuego,  
Con cerebro de ideas mil henchido.

Pluma y pincel á un tiempo te han debido  
Cuadro en vivo color ó suave pliego;  
Y de ambas lenguas el difícil juego  
Con rara habilidad has conocido.

Ilustrar con tu nombre el literario  
De *Mendiz-Mendi* en la ciudad famoso,  
Cronista ser y ser bibliotecario,

De EUSKAL-ERRIA director glorioso...  
¡Bien puedes envolverte en el sudario,  
Mi buen López Alén!... ¡Goza el reposo!

PRÁXEDES DIEGO ALTUNA

\* \* \*

## ¡POBRE!

COMO carezco de flores que aportar á la corona que le dedican los escritores habituales de EUSKAL-ERRIA y se me invita á colaborar en ella, envío esta modesta hoja que patentice mi afecto al muerto que hoy lloran las letras vascongadas.

Cuando se hizo cargo de la dirección de la biblioteca municipal, por fallecimiento del bondadoso y correctísimo D. Antonio Arzác, principió mi trato personal y mi amistad con el pobre Alén, y desde entonces he tenido tiempo sobrado para apreciar la bondad, la sencillez de su corazón, donostiarra primero, vascongado después.

Modesto hasta un punto á que quizás no conviene llegar en estos tiempos positivistas y en que triunfa la osadía por una serie de convencionalismos de que casi todos somos culpables, no le oí jamás ini-

ciar conversación ni menos vanagloriarse de sus obras de arte; ni de la corrección de su lápiz y colorido de sus pinceles, ni de su pluma de historiador. Sólo le enorgullecía y le animaba el recuerdo de sus aficiones y sus hazañas en la gimnasia.

«Aquí, donde usted me ve, sin poder arrastrar la pierna, y con esta facha cadavérica, yo he sido el primer gimnasta de San Sebastián; el que levantaba mayores pesos, y véame usted ahora, á los cuarenta años de edad, sufriendo la vida y herido de muerte.»

Casi todos los días nos encontrábamos y siempre repetía esa lamentación, que yo calificaba de infundado pesimismo, aunque desgraciadamente eran muy visibles los progresos de su fatal dolencia.

Los cargos concejales, que acarrear bastantes sinsabores, ocasionan, á veces, verdaderas satisfacciones, y una de las más gratas que yo conservo de mis etapas de concejal donostiarra, es la de haber redactado y firmado con los que eran mis compañeros en la Comisión de Fomento, la moción en que se proponía se concediese al Sr. López Alén el título de Cronista de la Ciudad.

Cuando le comuniqué en los arcos de la Plaza Vieja que el Ayuntamiento se había dignado aprobar nuestra moción, se puso á llorar como un niño.

«Mucha falta, decía, me hace el aumento de sueldo ahora que estoy imposibilitado para dar lecciones de dibujo y unir algo á la paga que percibo del Ayuntamiento; pero esto de ser Cronista de la Ciudad, hace saltar mi corazón de gozo.»

Y al verle tan emocionado: «Hombre—le dije—no se haga usted tan modesto, puesto que Cronista lo es ya usted de hecho, prácticamente, al publicar tantas monografías, tantas curiosidades que no eran conocidas y que son excelentes materiales para cuando se escriba una Historia de San Sebastián.»

Pero él, absorto en su idea, como fuera de sí y del mundo, no me oía, y seguía diciendo y repitiendo: «¡Cronista yo de mi pueblo querido! ¡Poder poner en la portada ó como firma de mis escritos, Francisco López Alén, Cronista de la Ciudad de San Sebastián!» Y se proponía ir, á pesar de su lamentable estado, á visitar personalmente, casa por casa, á cada concejal, considerando, en su modestia excesiva, que les debía como merced lo que, en nuestro concepto, fué un acto honroso pero de verdadera justicia del excelentísimo Ayuntamiento.

Era López Alén uno de los miembros más activos y entusiastas de la Comisión del Centenario de 1813, en cuya carpeta están á estudio algunos proyectos suyos.

Su alma ocupará, sin duda, un lugar en el sitio destinado por el Señor para los que han obrado el bien, y no han querido mal á nadie.

JULIÁN DE SALAZAR.

\* \* \*

## POESÍA EN PROSA

---

**D.** Francisco López Alén llevó debajo del cerebro un corazón que empujaba demasiado: era un enamorado de su pueblo, y al lanzarse á recoger perlas viejas para engarzarlas en la Historia de su Donostia, cayó en la mitad del camino, al golpe lento y pesado del trabajo mental: así han sucumbido muchos amigos míos. Prometeos que van al encuentro de la verdad y los dioses los detienen en el sendero.

Ociando, yo reñía con López Alén, por probarle que los callejones y el campanario jiboso de mi lugar, escondido en los breñales del Pirineo, valen más que la rectilínea Avenida y la esbelta torre del Buen Pastor; y vaya si valen más, como que son de mi pueblo. Y con esta lógica del sentimiento, hacía callar al noble cancerbero de las glorias donostiarras; y callaba, pues bien sabía que el corazón tiene razones que la razón no conoce.

Pintó en venganza cuatro paisajes de mi tierra, á la vista de otras tantas fotografías que le llevé, y allí puso sus habilidades de artista; pero, así como la lira de Anacreonte sólo cantaba amores, el pincel del Macías donostiarrá sólo pintaba cosas de su país; y al disfrazar el mío con los colores y vestido de esta tierra, por misteriosa conquista del Arte, me hace creer que mi pueblo no es mi pueblo, sino el suyo, San Sebastián.

Cuando sin verle, nos encontremos solos en el despacho de la Biblioteca, «ya tengo dos pueblos, el tuyo y el mío», le diré; entonces, vencerás, contestando orgulloso «patria mejor es la mía; el Cielo.»

V. FERRAZ.

\* \* \*